

DISCURSO INICIAL DEL PRESIDENTE VAN ROMPUY

Es difícil hablar de la agenda institucional y política de la UE para los próximos años y más allá en estos tiempos de regreso de la tragedia en el mundo.

La UE se ve afectada por cambios externos e internos, por la evolución de nuestras sociedades y de nuestra civilización.

La UE es también, y a veces sobre todo, la suma de sus Estados miembros. Europa está cambiando también porque cambian las sociedades.

En muchos países, la situación política y económica es difícil, cuando no está bloqueada. La fragmentación del panorama político —resultado de la creciente individualización en nuestras sociedades— implica que muchos países tienen gobiernos minoritarios, corren el riesgo de tenerlos o tienen simplemente gobiernos débiles. Esta fragmentación va de la mano del auge de partidos populistas con una agenda antieuropea. Añadiría de inmediato que ya nadie defiende una salida tras el fiasco del Brexit. Otro matiz es que los votantes de estos partidos son más proeuropeos que sus dirigentes. Pero si en Francia hay un cambio de régimen presidencial en 2027, será un factor de cambio mucho mayor para la UE que las últimas elecciones italianas, que afortunadamente trajeron pocos cambios para la UE como tal. En la Francia más ideologizada puede que no sea así. Pero también es posible que, tras unas elecciones presidenciales exitosas para la extrema derecha (RN), haya un parlamento dividido que perpetúe el bloqueo actual. Por tanto, una toma completa del poder por la extrema derecha no es muy probable.

¿Qué ocurrirá en Polonia en las próximas elecciones legislativas? Todavía hay países que podrían caer en manos de populistas de derechas. Hungría podría ser la excepción, pero es un país con el 2% de la población de la UE y no es miembro de la zona euro. En cualquier caso, estas evoluciones políticas significan que habrá pocas o ninguna reforma institucional. Eso ya sucede hoy.

En términos de políticas, será aún más difícil ponerse de acuerdo sobre un auténtico enfoque europeo de la competitividad, la cooperación militar, los acuerdos comerciales, Ucrania y la ampliación de la Unión. Repito: esto ya es difícil hoy.

La zona euro es sólida. La confianza en el euro ha sido hasta hace muy poco tan alta que nuestra moneda es incluso demasiado fuerte. La confianza en el dólar estadounidense se ha visto socavada por la guerra arancelaria. Pero también aquí hay un peligro potencial para la zona euro si algunos países no logran una mayor disciplina presupuestaria y si la economía mundial entra en dificultades. Los populistas no son conocidos por sus grandes preocupaciones presupuestarias. Pero no son los únicos.

La falta de cooperación franco-alemana ya se deja sentir hoy. Se puede fantasear con construcciones como el G6 o Weimar o con vanguardias, pero sin un motor franco-alemán esas fórmulas serán cajas vacías. Las razones por las que esta cooperación se ha debilitado están, por supuesto, relacionadas con factores políticos internos, que hacen que los gobiernos sean menos propensos a asumir riesgos electorales, incluso a nivel europeo. La voluntad de superar diferencias de opinión o de intereses bien conocidas entre ambos países disminuye entonces.

Olvidémonos del eje franco-alemán con Bardella y Le Pen. Olvidemos muchas otras cosas en Europa.

Los avances en soluciones europeas a los grandes desafíos tendrán que lograrse pese a todo, sin propuestas preconcebidas franco-alemanas. Esto ha sido posible en varias ocasiones en los últimos quince años.

A falta de una propuesta franco-alemana, la Comisión podría llenar ese vacío, como hizo durante la anterior legislatura. Hoy es menos el caso. La Comisión independiente depende de un Parlamento igualmente fragmentado y de la falta de apoyo de los dos países más grandes. La saga del caso del “préstamo de reparaciones” fue un ejemplo de ello.

Añadiría, sin embargo, que la UE fue capaz de llegar a un acuerdo sobre un préstamo de 90.000 millones de euros a Ucrania. Junto con el programa SAFE de compra de armamento, esto vuelve a romper el tabú sobre los eurobonos. Este último ya se había roto con el programa NextGeneration, de 800.000 millones de euros, de 2020. Demuestra que la UE puede actuar cuando se ve contra la pared. El acuerdo UE-Mercosur es otro ejemplo.

La adhesión de Ucrania a la UE, o alguna forma de adhesión, tiene un significado geopolítico. Resulta decepcionante comprobar que algunos países se oponen a la adhesión por problemas sectoriales. La razón subyacente es, por supuesto, de nuevo el temor de los partidos tradicionales a la extrema derecha, dada su propia débil posición electoral. En Francia y otros países también existe la exigencia constitucional de organizar referendos, con un resultado incierto.

Aunque mi principal preocupación son las dinámicas internas de la UE, es evidente que la peligrosa situación geopolítica ejerce una presión adicional sobre el papel internacional de la UE.

Pero también aquí, las divisiones internas son un factor importante. Esto quedó patente durante el llamado acuerdo comercial de Turnberry con Trump en el verano del año pasado. Las divisiones internas nos impidieron responder con firmeza después del Día de

la Liberación, relegándonos a un papel subordinado. El argumento de que esto haría a los estadounidenses más favorables hacia Ucrania resultó débil, especialmente cuando vimos que el primer borrador estadounidense del acuerdo de paz podría haber sido redactado perfectamente en Rusia.

Sin embargo, la provocación estadounidense sobre Groenlandia fue tan burda que sí impulsó a la Unión a adoptar una postura unida y contundente. La gran impopularidad de Trump entre los ciudadanos europeos contribuyó en gran medida a esta unidad. Incluso la extrema derecha tuvo que distanciarse de Trump.

Esto bien podría ser el inicio definitivo de una toma de conciencia europea de que la independencia estratégica debe ser un objetivo central para la UE, también en el ámbito militar. Sin embargo, como siempre, su aplicación será un proceso difícil. Veremos hasta qué punto se aplican, por ejemplo, los informes Draghi y Letta. La prueba del pudín está en comerlo. ¿Cómo podemos hacer que esto ocurra sin una crisis aguda? Al fin y al cabo, un informe no basta. Lo viví en 2012 con el “Informe de los Cuatro Presidentes sobre una UEM genuina”. Sin una crisis, habría quedado en letra muerta y, una vez salvado el euro seis meses después, nada salió del resto del informe, hasta hoy. Al final, solo se alcanzó un acuerdo sobre partes de la Unión Bancaria.

Espero que las consecuencias económicas de la guerra con Irán, en particular su impacto sobre los precios de la energía, la inflación y el crecimiento económico, sitúen en primer plano la agenda de la competitividad.

En Estados Unidos, también puede dar lugar a un nuevo aumento de la inflación, con todas las consecuencias que ello tendrá para las elecciones de noviembre, lo que sería positivo.

En general, el clima actual de impunidad, arbitrariedad, violencia, brutalidad y falta de compasión y empatía no es bueno para una UE basada en normas, mercados abiertos, lealtad a los acuerdos internacionales y humanidad. Nos obliga a dejar de ser ingenuos y a pensar principalmente en nuestros propios intereses. Este último es, sin embargo, un concepto ambiguo en la Unión, porque los intereses nacionales no siempre convergen. No deberíamos tener miedo de quedarnos solos. Los demás actores globales tampoco lo tienen. Es el precio que debemos pagar por la independencia estratégica.

Pero también es posible que la guerra en torno a Irán provoque un choque tal que conduzca a una independencia estratégica aún mayor de todos los actores globales. El último resto de confianza desaparecerá. En cualquier caso, Rusia seguirá la guerra en Ucrania y China continuará desestabilizando la industria europea con, entre otras cosas, prácticas comerciales desleales y chantajes con materias primas raras.

El clima es una posible víctima de toda esta violencia política y comercial. Estados Unidos se ha retirado del Acuerdo de París sobre el clima por segunda vez. Sabemos que la política climática en Estados Unidos es afortunadamente sobre todo competencia de los estados y, aun así... Dentro de la UE, el clima está perdiendo su lugar destacado en la lista de prioridades políticas, aunque gran parte del Pacto Verde sigue intacto. Sin embargo, la desindustrialización se debe principalmente a la falta de innovación, a la falta de escala de nuestras empresas y de nuestros mercados de capitales, a un mercado único que no es suficientemente único y al miedo a protegernos contra la competencia desleal porque no queremos ser vistos como proteccionistas. ¿Cómo encontrar el equilibrio adecuado entre protección y proteccionismo? Contrarrestar la sobrerregulación no elimina en absoluto estos otros tres handicaps.

Nos quedamos atrás en la mayoría de los sectores orientados al futuro. De las quince mayores empresas digitales del mundo, apenas una es europea. Estamos asistiendo al regreso de la eurosclerosis de los años setenta y principios de los ochenta. Entonces la superamos con el mercado único de Jacques Delors. No habrá independencia estratégica sin competitividad en los sectores tradicionales y en las nuevas tecnologías.

Desde 2009, no he sido partidario de un nuevo debate institucional. Mi posición era que estaba a favor de cambios en los Tratados, pero no de un cambio de Tratado. Hoy soy aún más escéptico. Actualmente no hay mayoría a favor de ningún cambio. Mi sentido de la matización también me lleva a decir que hay más apoyo a la Unión Europea entre la mayoría silenciosa de los ciudadanos de lo que se suele afirmar. El Eurobarómetro lo demuestra. Incluso creo que existe un sentimiento europeo más fuerte entre los ciudadanos que entre algunos dirigentes. La gente a menudo vota por determinados partidos, pero no necesariamente por la parte europea de su programa. Es una variante de la conocida brecha entre ciudadanos y política.

¿Qué son, por cierto, los grandes cambios en los Tratados? ¿Ajustar la regla de la unanimidad? ¿O más competencias en el ámbito de la seguridad? ¿Una nueva división de tareas entre la Comisión y el Consejo Europeo?

Algunos dirán que en el pasado nunca hubo un buen momento tampoco y que, aun así, se hicieron cambios. Esa sabiduría puede que ya no sea válida. Además, no debemos subestimar que, en el caso de referendos, incluso “cambios menores” desencadenarán un debate que irá mucho más lejos. Un referendo aporta respuestas a preguntas que no se han formulado. Añadiría que se gastará tanto capital político en ello mientras el mundo arde y nuestra economía lucha por sobrevivir.

Por lo tanto, tendremos que adoptar una visión pragmática de lo que podemos hacer dentro de los Tratados actuales. La experiencia durante la pandemia y después de la

invasión rusa demuestra que existe mucho “potencial sin explotar”. Incluso la unanimidad no ha sido un obstáculo para grandes decisiones. Pensemos en las sanciones contra Rusia.

Durante mi presidencia evitamos un punto muerto sobre las normas presupuestarias concluyendo un tratado intergubernamental en lugar de invocar una disposición de los Tratados. Ese pragmatismo quizá no suene heroico, pero puede ayudarnos a avanzar. Tampoco impide que sigamos reflexionando sobre el futuro de la UE en los Tratados.

Debemos estar preparados cuando llegue el momento oportuno y debemos hacer todo lo posible para que llegue ese momento.